

## CON MI HIJO.

Hay una cosa que me hace estremecer: mi hijo:

Algunas veces, mirándole, me figuro muchos millares de niños de su edad nacidos en el mismo día, y que en este instante son, como él, inocentes y cariñosos; me los figuro en sus cunas, entre los brazos de sus madres, cubiertos de besos y llamada con los más dulces nombres de la lengua humana; veo en el corazón de sus padres la misma esperanza, el mismo presentimiento de que serán honrados y felices, mejor dicho, la misma seguridad mía, y no de otro modo alimentada que como yo alimento la mía al mirar a mi hijo; y pienso que, sin embargo, de toda esa legión de angelitos saldrán ladrones, falsarios, asesinos, parricidas, que arrojarán la desesperación y la deshonra sobre sus familias. Cuando este pensamiento se fija en mi cabeza, tengo que hacer gran esfuerzo para librarme de él.

Esta mañana tomé mi niño sobre la srodillas, y le pregunté:

—Niño, ¿serás tú asesino?

El no comprende todavía el significado de estas palabras.

—Sí—respondió,—pero quiero dulces.

¡Si pudiese adivinar su porvenir, como hacen los gitanos, en la palma de la mano!

—¿Qué manejará esta manecita? ¿La espada? ¿El puñal?

La pluma? ¿El arco del violín? ¿El escapelo del anatomista?

Pobre manecita, ¡cuántas veces setendrás la cabeza fatigada por el ingrato trabajo o por el pensamiento doloroso! ¡De cuántas cartas listadas de negro romperás el sello! ¡Cuántas diestras de falsos amigos y de mujeres indignas tendrás que estrechar!

Pero tú la conservarás limpia de toda mancha, hijo mío; y si cuando te hiera un gran dolor, inmerecido, te asaltan impulsos de levantarla en alto, no la levantes, nó, para maldecir, sino para juntarla con la otro como todas las noches y todas las mañanas te enseña tu madre.

Miro su manecita, la abarco toda en mi puño, y sonrío pensando que pasaron también por esta forma las manos de los guerreros más formidables y de los artífices más gloriosos del mundo. Y de esta idea paso a mis pensamientos predilectos de la infamia de los grandes hombres.

Me figuro a Homero, que se desespera porque le han quitado un arbérchigo; a César, que tiembla delante de un ratón; a Dante, que salta de la silla de un caballo de madera; a Miguel Angel, que mientras su padre le enseña una estatua, se dedica a machacar un hueso con el pie, y a la señora Bonaparte, que dice al futuro vencedor de Europa:

—¡Qué vergüenza! ¡A esa edad, cuando se tiene una necesidad, no se ensucia de este modo la casa!—

¡Si llegase a ser un grande hombre! Es el sueño de todos los padres; pero no es un imposible.

Enigma, enigma al fin; geroglífico cuya significación es aún desconocida; palabra de la cual no está escrita más que la primera letra; número de la inmensa lotería humana. Esta duda es el más dulce alimento de mi vida.

Me parece que poseo misterioso cofrecillo, en el cual es posible que haya un puñado de arena o un montón de perlas. Estoy cerca de los treinta años; mi porvenir que empezaba a limitarse, se ha prolongado de improviso; he perdido las últimas ilusiones de la juventud; he encontrado las infinitas ilusiones de la infancia. ¿Qué importa que mis cabellos se caigan? ¿Los suyos se espesan! ¿Qué importa que yo baje? ¡El sube!

E. DE AMICIS.

## LA ELEGANCIA EN LOS NIÑOS.

La elegancia en los niños es una copia en miniatura de la elegancia de los padres, así como sus gestos, su coquetería, su cuidado en la corrección. Los niños desde su más corta edad, poseen en germen todo aquello que admiran en los mayores.

La verdadera elegancia de los niños es su desnudez. Todas las madres podrán darse cuenta exacta de esta afirmación.

¿Será necesario evocar la imagen encantadora y clásica de esos adorables y pequeños bohemios que corren en las calles detrás de un coche, pidiendo una limosna y mostrando, según la expresión de sus madres, "todo lo que poseen."

Es que la gracia es natural en el niño y por eso aparecerá sobre todo cuando nada entorpezca su delicada y suave movilidad.

La belleza del niño es, siempre, su salud; decimos un "hermoso bebé," por un niño sano y robusto. La belleza de un niño, repetimos, son sus brazos y sus piernas rollizos y bien modelados, sus mejillas redondas, firmes y rosadas.

Ni aun en las épocas más románticas, ha sido, la palidez en la infancia, cualidad de suprema distinción, ni la neurastenia y sus estigmas están en ella de moda, como entre los adultos. Claro está que no es costumbre dejar a los niños desnudos y es una lástima; lástima para nosotros, que nos privamos de un espectáculo de admirable armonía; y lástima para los niños, puesto que, con la necesidad de vestirse según los recursos de sus padres, nacerá en ellos el primero y doloroso concepto de las desigualdades sociales.

Comienzan los niños, desde sus más tiernos años, a saber que hay en el mundo ricos y pobres, desde que aprecia la diferencia entre las lanas y las sedas. Y así, lentamente, se va formando, en los que sólo tienen aquéllas, el rencor inevitable y amargo que se trae aparejado la miseria.

### El primer vestido.

Se pretende que los niños tienen un placer intensísimo al estrenar una "toilette;" sin duda a fuerza de oír decir que van, con el traje nuevo a estar muy hermosos, acaban por ir a mirarse al espejo con complacencia, persuadiéndose de que son encantadores, y que encantarán a sus familias. Pero, a la verdad, es sólo la coquetería de las madres la que hace la coquetería de los niños.

Y por lo que hace a los niños, si es exacto que el día en que se les abotona el primer pantalón, toma en su vida una

importancia casi histórica, es, ante todo, porque ese pantalón, por su confección peculiar, los libertará de la tutela continua y humillante de sus amas.

Pero ¡con cuántas privaciones de postre, de juguetes, ha tenido que pagar el niño, el orgullo de llevar ese primer pantalón!

—Vas a ensuciar tu vestido nuevo—

—Vas a romper tu ropa nueva—

Un rústico de comedia exclama:

—Cuando me ponga mi vestido nuevo, nunca me siento—

Y en cambio los niños, cuando llevan un traje nuevo, tienen la tendencia irresistible no sólo de esentarse, sino de sentarse en el lodo, de toda preferencia.

## BELLEZAS INFANTILES



NIÑO CESAR AUGUSTO FARIAS.  
De Laredo, Texas.